

JULIO PINTO VALLEJOS  
VERÓNICA VALDIVIA ORTIZ DE ZÁRATE

# ¿Chilenos todos?

La construcción social de la nación (1810-1840)



<b>Introducción</b>	<b>7</b>
<b>Capítulo I</b>	
<b>El rostro del pueblo: Bajo pueblo y Patria Vieja, 1810-1814</b>	<b>21</b>
1. El pueblo y la plebe	21
2. El llamado de la Patria	41
3. La guerra de los símbolos	50
<b>Capítulo II</b>	
<b>Las armas de la nación: Guerra, independencia e identidad nacional</b>	<b>65</b>
1. Defensa y militarización. ¿Y el bajo pueblo?: 1810-1812	68
2. Nación y guerra: ¿hacia un pueblo patriota y ciudadano? 1812-1814	80
3. Entre el ejército profesional y la insurrección popular, 1814-1817	91
<b>Capítulo III</b>	
<b>Tiempos de guerra: por la patria chilena y americana</b>	<b>107</b>
1. Por una patria libre y en orden	110
2. ¿Soldados de la patria?	120
3. El pago de Chile	144
4. El ejército y el liberalismo	151

## **Capítulo IV**

<b>¿Ciudadanía o cooptación? Los primeros años de vida independiente, 1817-1829</b>	<b>159</b>
1. Ciudadanía y bajo pueblo	162
2. Añoranzas de ilustración	182
3. Una vez más, los símbolos	195

## **Capítulo V**

<b>La nación pelucona: el bajo pueblo y el orden portaliano, 1830-1839</b>	<b>207</b>
1. ¿El peso de la noche?	211
2. Domesticando la barbarie	227
3. El peluconismo como revolución cultural	240

## **Capítulo VI**

<b>El “ejército pipiolo”: el Motín de Quillota y el derrumbe de la Nación ciudadana</b>	<b>261</b>
1. La conciencia de la patria	264
2. Las guardias cívicas portalianas: ¿la nación en armas?	279
3. El “ejército pipiolo”: el Motín de Quillota y la derrota de la nación ciudadana	298
4. ¡Seguridad nacional y guerra!: la Guerra contra la Confederación Perú-Boliviana	314

<b>Conclusiones</b>	<b>333</b>
---------------------	------------

<b>Bibliografía</b>	<b>337</b>
---------------------	------------

## INTRODUCCIÓN

Invierno del 2004. En los Juegos Olímpicos de ese año, celebrados en la histórica ciudad de Atenas, los tenistas chilenos Nicolás Massú y Fernando González obtienen medalla de oro, uno de los escasísimos triunfos de nuestro deporte a escala mundial. En diversas ciudades del país, la población se vuelca a las calles. Entrevistado por un canal televisivo respecto de su presencia en dicho festejo, un joven de extracción reconociblemente popular señala, eufórico: “¡Somos todos chilenos, huevón! ¡Viva Chile mierda!”.

Fines del 2005. Con motivo de la campaña electoral que llevaría a la primera magistratura a Michelle Bachelet, un grupo de indigentes se congrega a muy temprana hora en torno a una improvisada tarima olvidada en una esquina de Santiago por alguno de los comandos políticos. Uno de ellos, en visible estado de ebriedad, arenga a sus compañeros, en análoga condición. “Hay que ir a dar la vida por la Patria”, dice, a propósito de la tensión diplomática que se vivía por aquellos días con Bolivia en relación a su ancestral reivindicación marítima. Y agrega, significativamente: “aunque ella no nos reconozca”.

¿Cómo explicar estas fervorosas declaraciones nacionalistas en un país que enfrentaba el nuevo milenio profundamente desgarrado en su cohesión interna? ¿Cómo explicar, sobre todo, su articulación por actores que a priori podrían considerarse especialmente ajenos a cualquier sentido de pertenencia nacional: jóvenes pobladores y habitantes de las calles, categóricamente marginados y estigmatizados por una sociedad alineada en torno a los “valores” de la conformidad sistémica y el éxito material? ¿Serán ellas herencia de una armonía anterior, que los cataclismos políticos y sociales del siglo XX no lograron conmover en sus cimientos más profundos? ¿Serán como a menudo se ha dicho, testimonio de un patriotismo popular profundo, sedimentado por dos siglos de historia republicana en un sentimiento de “chilenidad” que encuentra precisamente en los sectores más pobres uno de sus bastiones más inmovibles?

En un muy citado artículo incluido en el volumen 6 de la *Historia de América Latina* editada por la Cambridge University Press (versión castellana), el historiador

estadounidense Frank Safford hacía referencia al “frágil sentido de nacionalidad” que caracterizaba, a su entender, a numerosos países latinoamericanos durante las primeras décadas de su organización como entidades independientes. Solo escapaba de este dilema, en su opinión, la naciente República de Chile, cuyo “orgullo nacional” se habría visto incrementado “al haber salido vencedor, en 1839, de la Guerra contra la Confederación Peruano-Boliviana”, lo que se habría venido a sumar a la “notable prosperidad económica y al orden político que reinó entre 1830 y 1850”.<sup>1</sup> Este juicio resulta consistente con las impresiones recogidas en los dos párrafos anteriores. La batalla de Yungay, en efecto, suele identificarse como un hito demarcatorio de una cierta convergencia de la población chilena en torno a una causa común, generadora de una serie de festejos y símbolos que seguirían cohesionándola durante las décadas por venir. Solo un gobierno seguro de gozar de un fuerte apoyo social, se piensa, se habría animado a emprender una aventura bélica que pondría a prueba su solidez material e institucional a miles de kilómetros de distancia de su base territorial. En esa lógica, el triunfo conseguido solo habría venido a refrendar el diagnóstico optimista, instalándose como precedente de muchos otros logros que encontrarían su sustento en la misma matriz unitaria.

Una mirada más atenta hacia el contexto inmediato de esa guerra, sin embargo, arroja innumerables dudas sobre la validez del análisis. Como lo han registrado la mayoría de los analistas de ese proceso, la movilización militar en contra del proyecto federativo de Andrés de Santa Cruz despertó fortísimas resistencias entre la población civil, especialmente aquella de extracción popular que debía servir de principal base de reclutamiento, y entre el propio estamento militar, de cuyo seno surgió el motín que habría de costar la vida al ministro Diego Portales, principal gestor y promotor de la aventura bélica. Tomando distancia de la coyuntura inmediata, tampoco el conjunto del período en que el famoso ministro ejerció su protagonismo deja la sensación de una sociedad férreamente cohesionada y alineada tras su gobierno. Por el contrario, la sucesión de episodios conspirativos y la persistente represión desplegada por las autoridades en contra de opositores políticos y perturbadores del orden social llevan más bien a imaginar un país profundamente dividido y un gobierno carente de legitimidad.<sup>2</sup> Si se ha de creer a lo que ha venido afirmando nuestra más reciente historiografía social, el orden portaliano, lejos de presidir sobre una sociedad que cerraba filas en torno a referentes y proyectos comunes, habría retratado más bien el abismo indisimulable que ya entonces separaba a “los de arriba” de “los de abajo”.

---

<sup>1</sup> Frank Safford, “Política, ideología y sociedad”, en Leslie Bethell (ed.), *Historia de América Latina*, vol. 6 (edición castellana), Barcelona, Crítica, 1991, p. 97.

<sup>2</sup> Una expresión particularmente nítida de esta tesis es la de Sergio Villalobos, *Portales, una falsificación histórica*, Santiago, Universitaria, 1989.

Y si así puede evaluarse un período comúnmente percibido como de consolidación de una cierta unidad interna, como lo es aquél en que Diego Portales tuvo actuación directa, mucho más problemáticos para la constatación de dicha idea resultan los dos decenios anteriores a la batalla de Lircay, durante los cuales la propia definición de Chile como entidad independiente, primero, y su organización institucional en torno a un gobierno o una pertenencia común, después, fueron objeto de profundos y persistentes disensos, dramáticamente exteriorizados a través del enfrentamiento bélico, la inestabilidad política y el “desorden” social. Si se acepta la noción de que la constitución de una nación supone a lo menos el logro de alguna legitimidad política y de alguna cohesión social, resulta que las primeras tres décadas de nuestra vida independiente no parecen diferir mucho de lo ocurrido en el resto del continente, y no darían mucho pie para juicios como el arriba citado de Frank Safford. Salvo que se atribuya a la victoria de Yungay una eficacia verdaderamente estructurante, en el sentido de haber podido reorientar por sí sola el curso posterior de la historia, el Chile de 1840 no había dado muestras mucho más contundentes de unidad que países como México, Perú o las Provincias del Río de la Plata.

Vista desde esa óptica, la supuestamente temprana y exitosa articulación en Chile de una comunidad que se veía a sí misma como una nación aglutinada en torno a ciertos fines y sentidos de pertenencia compartidos adquiere un carácter más que levemente paradójal: o se trata de un mito proyectado de manera retroactiva por una época en que dicha unidad ya se asumía como un patrimonio adquirido, y que por tanto importaba resguardar; o refleja una unidad efectivamente existente pero que todas las señales del momento, ya sea políticas o sociales, parecen contradecir. Enfrentada a la evidencia de una sociedad múltiplemente fracturada por disensos políticos y abismos sociales, como lo fue la chilena entre las décadas de 1810 y 1840, la historiografía no puede sino interrogarse cómo se logró aquí, con tanta aparente rapidez y eficacia, la construcción social de la nación.

El tema de las construcciones nacionales ha sido objeto durante las últimas décadas de una muy nutrida y preferencial atención por parte de historiadores y estudiosos de la sociedad. Enfrentado a una forma de identidad colectiva que no resulta fácilmente inteligible dentro de los marcos de la racionalidad ilustrada, que durante mucho tiempo escapó a todo tipo de teorización, y que pese a todos los pronósticos ha demostrado una gran capacidad de arraigo y reproducción, el análisis social ha elaborado y debatido diversos modelos explicativos del origen y comportamiento de aquellas curiosas entidades denominadas “naciones”. Una hipótesis que ha alcanzado rango verdaderamente paradigmático es la que afirma el carácter construido y no natural de las naciones, asociada comúnmente a la obra ya clásica de Benedict Anderson,<sup>3</sup>

---

<sup>3</sup> Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, edición original inglesa, Londres, Verso, 1983.

pero compartida por la gran mayoría de quienes han incursionado en la temática. Menos universalmente aceptada ha sido la propuesta de autores como Eric Hobsbawm, Ernest Gellner, Karl Deutsch y Tom Nairn en torno a la “modernidad” del concepto y existencia efectiva de la nación, entidad supuestamente vinculada a las exigencias de legitimación política de sociedades reconfiguradas bajo el alero del capitalismo o la producción industrial.<sup>4</sup> Esta idea ha sido abiertamente contestada por autores como Adrian Hastings, para quien esta forma de agrupación humana hunde sus raíces en un pasado mucho más remoto, y obedece a imperativos de orden más simbólico que estructural.<sup>5</sup>

Este disenso ha puesto a su vez de relieve la hibridez de las lealtades, a la vez políticas y étnico-culturales, suscitadas por el sentimiento nacional, de la que se desprende el contrapunto entre un nacionalismo más político, “voluntarista” o ciudadano, cuya formulación más temprana suele asociarse al nombre de Ernest Renan, y un nacionalismo más esencialista o “étnico”, enraizado en el romanticismo alemán e identificado con pensadores como Herder o Fichte. La primera de estas referencias revela la cercanía entre los análisis dedicados al nacionalismo y los que toman por objeto la difusión del ideario republicano, tal como lo reactualizaron a fines del siglo XVIII las experiencias francesa y estadounidense.<sup>6</sup> La segunda, la compleja relación entre nacionalismo y etnicidad que hace remontar los orígenes de este sentimiento a formas culturales compartidas desde épocas muy remotas.<sup>7</sup> Obviamente, la literatura producida en torno a esta cuestión es demasiado voluminosa como para dar cuenta cabal de ella en este lugar, pero un buen resumen de las principales posturas y debates sostenidos hasta mediados de la década de 1990 es la antología recopilada por Geoff Eley y Ronald Grigor Suny con el título de *Becoming National: A Reader*.<sup>8</sup>

---

<sup>4</sup> Ernest Gellner, *Naciones y nacionalismo*, edición original inglesa, Oxford, 1983; *Encuentros con el nacionalismo*, edición original inglesa, Oxford, 1994; Eric Hobsbawm, *Naciones y nacionalismo desde 1780*, edición ampliada en castellano, Barcelona, Alianza, 1992; Eric Hobsbawm y Terence Ranger (eds.), *La invención de la tradición*, edición original inglesa, Cambridge University Press, 1992; Karl Deutsch, *Nationalism and Social Communication*, MIT Press, 1966; Tom Nairn, *The Break-Up of Britain: Crisis and Neo-Nationalism*, Londres, Verso, 1977.

<sup>5</sup> Adrian Hastings, *La construcción de la nacionalidad: Etnicidad, religión y nacionalismo*, edición original inglesa, Cambridge, 1997; ver también, en esta misma línea, John Armstrong, *Nations before Nationalism*, University of North Carolina, 1982.

<sup>6</sup> Claude Lefort, *The Political Forms of Modern Society*, Cambridge, Polity Press, 1986; Liah Greenfeld, *Nationalism: Five Roads to Modernity*, Harvard University Press, 1992; Edmund Morgan, *Inventing the People. The Rise of Popular Sovereignty in England and America*, Nueva York, Norton, 1988,

<sup>7</sup> Walker Connor, *Etnonacionalismo*, edición original inglesa Princeton University Press, 1994; Anthony Smith, *The Ethnic Origins of Nations*, Oxford, Blackwell, 1986; Etienne Balibar e Immanuel Wallerstein, *Race, Nation, Class. Ambiguous Identities*, Londres, Verso, 1991.

<sup>8</sup> Geoff Eley y Ronald Grigor Suny (eds.), *Becoming National: A Reader*, Oxford University Press, 1996. Otras lecturas sobre las teorías del nacionalismo en general deben incluir a Anthony Smith, *Theories of Nationalism*, Londres, Duckworth, 1971; Gil Delannoi y Pierre-André Taguieff (eds.), *Teorías del*